

Geoffrey Parker (ed.)

La Guerra de los Treinta Años

Madrid, Editorial Antonio Machado Libros, 2014, 402 p.

ISBN 978-84-7774-238-8

Dámaris Montes Pérez

Universitat Autònoma de Barcelona

damarismontesperez@gmail.com

Dicen que la terrible guerra ha acabado. Pero aún no hay indicios de paz. Por doquier hay envidias, odios, avaricia; es la guerra que hemos aprendido... Vivimos como animales, comiendo forraje y grasas. Nadie habría imaginado que algo así fuera a pasarnos. Mucha gente dice que no hay Dios.¹

Desde que la familia Bible del pueblo suevo de Gerstetten escribiese el 17 de enero de 1647 uno de los pasajes más emotivos que se documentan en este libro colectivo, *La Guerra de los Treinta Años*, muchos de los territorios del ya derrotado imperio germánico, como Suabia, Baviera y Austria, sufrirían durante veinte meses todavía las terribles consecuencias de este conflicto bélico que enfrentó durante largo tiempo (1618-1648) a casi todas las potencias del continente europeo. Como afirman los historiadores, las pasiones religiosas y políticas que darían paso a la gran guerra se desatan en los estados gobernados por la principal dinastía que hasta entonces conoció Europa, los Habsburgo españoles y austríacos. Felipe III «reinó sobre un imperio en el que no se ponía el sol» (p. 2). Este comprendía parte de África, de las Filipinas, de México, Perú, el sur de Asia y también España, Portugal, Lombardía, Nápoles y Sicilia. No incluía, sin embargo —y muy a su pesar—, los Países Bajos, que fueron una parte importante del imperio gobernado por su padre, y que su hijo, Felipe IV, perderá de manera definitiva en 1648, tras el acuerdo de paz firmado en Münster. Por lo que atañe a la rama austríaca de los Habsburgo, recordemos que el imperio gobernado por Fernando I era todavía más extenso que el de sus parientes espa-

1. La familia Bible escribió el pasaje que aquí reproduzco tras la llegada de una nueva oleada de refugiados relatando que *trupes* depredadoras —según la expresión de Parke— venían pisándoles los talones (p. 233, n. 45).

ños. Como es sabido, este incluía la continuación de Austria, gobernada desde Innsbruck, comprendía también el Tirol, algunos territorios del Rin medio y partes de Alsacia; en el sureste se situaba la Austria interior, formada por los ducados de Estiria, Carintia y Carniola, con la capital en Graz. También gobernaban los ducados austríacos originarios, los altos gobernados desde Linz, y los bajos, desde Viena. Estos, aunque menos poblados que los territorios del Austria interior, eran más prósperos. En ellos se hallaba una potente clase aristocrática y formaban los llamados *Erbländer* o territorios hereditarios a los que, a partir de 1526, se añaden los reinos electivos de Bohemia y Hungría. No obstante, el «punto de inflexión» de esta «extensa herencia de los Habsburgo austríacos fue la muerte de Fernando I en 1564» (p. 5). Tras su fallecimiento, la política de los territorios del imperio germánico gobernados por sus hijos se vio mermada sobre todo por la creación de asambleas que representaban a los ducados de Austria y por la presencia del protestantismo también en sus tierras, especialmente entre nobles y caballeros. Tanto en la Alta como en la Baja Austria la Iglesia Católica estaba moribunda, motivo por el que a lo largo de las últimas décadas del siglo XVI se inician una serie de movimientos contra los protestantes con el objetivo general de lograr reestablecer el catolicismo en el imperio Habsburgo. Los enfrentamientos entre ambos cultos religiosos, que, podría decirse, se desatan en la Alemania austríaca y en los que se verán implicados la mayor parte de los países europeos, no cesarán hasta muy avanzada la Guerra de los Treinta Años.

Entre 1595 y 1618 (año, recordemos, en el que se inicia propiamente el gran conflicto bélico) fueron numerosos los motines o revueltas en las ciudades del sacro imperio germánico. La de Donauwörth (1606-1607) fue una de las más destacadas; terminó dando pie a la creación de la Unión Protestante en mayo de 1608, después de que el emperador intentase reestablecer el catolicismo en esta ciudad y que una mayoría del Reichstag decidiera que la Paz de Augsburgo de 1555 (que trajo consigo la aceptación del principio conocido como *cuius regio, eius religio*) se renovarían con la condición de que se restaurasen todas las tierras de la iglesia católica secularizadas desde 1552. Como para el pueblo alemán de entonces, en nuestros tiempos son muchos los estudiosos a los que les resulta extraño que durante toda la década que siguió a lo sucedido en Donauwörth no se desatase un enfrentamiento general. Lo que sí parece quedar claro es que la creación de la Unión Protestante (1608) cambiaría el curso de la política imperial. Por el momento, su decisión de recurrir a la fuerza para lograr sus intereses hizo que los principales dirigentes eclesiásticos decidiesen tomar medidas defensivas, por lo que en julio de 1609 se crea la Liga Católica.

Las hostilidades entre católicos y protestantes se intensifican bajo el reinado de Fernando II (1619-1637), quien se propuso terminar de manera definitiva con el protestantismo en sus tierras. Al parecer, su deseo de erradicar el culto protestante fue siempre mayor que el de sus predecesores. En consecuencia, sus actos y decisiones precipitarían a Europa a lo que hoy conocemos como la Guerra de los Treinta Años. La lucha entre católicos y protestantes por el dominio

de la ciudad de Bohemia (1618) fue el episodio bélico con el que, podríamos decir, se inicia este cruento período histórico. Recordemos que en contra de la proclamación de Fernando II en 1617 como rey de Bohemia y tras la defenestración de Praga (1618), los protestantes bohemios deciden coronar a Federico V del Palatinado. A partir de entonces, lo que se inició como un conflicto interno en tierras de los Habsburgo se transformó en una lucha de tipo internacional que terminó cuando en 1620 las fuerzas imperiales, con el apoyo de España y la Liga Católica, vencen a los rebeldes en la batalla de la Montaña Blanca. De esta manera, Fernando II recupera el control de las tierras bohemias, como también de Lusacia, Silesia, Moravia y Austria, dejando así indefenso el Alto Palatinado y Renania. No obstante, a pesar de la derrota sufrida, Federico V creía no perder nada al mantener su resistencia, y lo cierto es que la causa protestante, aunque en ruinas, sobrevivió.

Como advierten los colaboradores del volumen, durante el tiempo en que los Habsburgo aprovecharon sus éxitos al máximo, hasta el momento en que se desató «la guerra total», la actuación política de Fernando II generó controversias en la mayor parte de las cortes de cada uno de los gobernantes. Por esta razón, y con el fin de poder terminar con las discrepancias que habían surgido entre ellos, desde el mes de julio de 1630 hasta marzo de 1631 se convocaron la reunión de Ratisbona y el coloquio protestante de Leipzig. Todos sabían que mientras los príncipes alemanes respetasen su posición neutral aún podría perdurar el estado de concordia. No obstante, la unión entre Suecia y Brandemburgo y el tratado franco-bávaro de Fontainebleau romperían con tal unidad, haciendo «inevitable una guerra europea general» (pp. 144-155). Por otra parte, téngase en cuenta que al reunirse los electores en Ratisbona, Fernando II tenía la esperanza de que éstos aprobaran su decisión, sobre todo, de ayudar financieramente a España en su guerra contra Holanda y que aceptaran también a su hijo como rey de Romanos. Pero los resultados de dicha reunión no fueron para nada los deseados por el Emperador. Su único logro fue mantener el Edicto de Restitución en su forma primera, algo que comportó que se intensificaran las hostilidades entre el Emperador y los príncipes alemanes con los protestantes del norte del país. Como anotan los especialistas, fue precisamente en este momento de «debilidad» y «crisis» cuando Francia y Suecia intervienen en el problema.

De la participación de estas dos potencias en la Guerra de los Treinta Años hay que destacar el papel que desempeñó la Suecia protestante de Gustavo Adolfo. Desembarcando en la ciudad de Pomerania el 6 de julio de 1630, los suecos contaban con el apoyo de Jorge Guillermo de Brandemburgo (de obediencia calvinista) y, aunque de manera no tan favorable, de Juan Jorge de Sajonia (luterano), para hacer frente al poder imperial. Los príncipes protestantes más prominentes se reunieron en Leipzig junto a algunos de los representantes de varias ciudades imperiales, y el 12 de abril de 1631, con un ejército de 40.000 hombres, crean el Leipziger Bund, su asociación defensiva. A ojos del emperador, esto mostraba la disposición de sus adversarios de soportar la presión militar,

aunque también de intentar una reconciliación. Al cabo de unas semanas aparece el tratado de Fointainebleau, que puede considerarse «la réplica católica» del de Leipzig, ya que ambos abogaban por la creación de «una tercera fuerza neutral que hiciera de amortiguador entre el emperador y sus enemigos extranjeros, con el fin de evitar que la guerra siguiera expandiéndose» (p. 156). A pesar de ello, todo esfuerzo sería en vano, ya que los suecos no se retiraron tan fácilmente del campo de batalla. Su lucha contra las fuerzas imperiales fue liderada, primero, por Gustavo Adolfo, a quien le sucedió Axel Oxenstierna. Hay que reconocer que bajo su mandato las fuerzas protestantes se mantuvieron en alza, por lo menos hasta 1634, momento en que debieron enfrentarse con las tropas de Fernando II en batallas tan terribles como la de Nördlingen (septiembre de 1635). Esta se cobró la vida de unos 12.000 protestantes y otros 4.000 fueron hechos prisioneros. Frente a esta situación, el Emperador decide acordar un alto el fuego con Sajonia y Brandemburgo, y el 30 de mayo de 1635 se hizo pública la Paz de Praga. Hay que tener en cuenta que ese mismo año Francia declara la guerra a la España de Felipe IV, con lo que consiguió debilitar significativamente el poder de los hasta entonces invencibles Habsburgo. Podría decirse, pues, que el «logro real» de los franceses fue el de garantizar que jamás se repetiría algo como lo de Nördlingen (p. 199).

A estas alturas de la guerra el principal objetivo de las potencias enfrentadas empezaba a ser el de reestablecer la paz. De manera que será bajo el reinado de Fernando III —quien tendría que soportar lo impensable: el abandono de sus aliados alemanes y la derrota definitiva de su dinastía— cuando se reúnen en 1643 en Frankfurt los Electores y representantes de la mayor parte de los príncipes alemanes, al mismo tiempo que los Plenipotenciarios de los países extranjeros acuden a Münster y Osnabrück. El 29 de agosto de 1645 será, en realidad, la «fecha clave en el proceso de paz» (p. 226), ya que hasta entonces los gobernantes territoriales independientes no gozarán del *ius belli ac pacis*, del derecho de poder regir su propia política exterior. Lamentablemente, antes de que las negociaciones surtieran efecto todavía debían darse diversas batallas que terminarían con el dominio Habsburgo. En 1643 Suecia vence a Dinamarca en una guerra que concluye con el tratado de Brömsebro el 13 de agosto de 1645. Con Dinamarca fuera de la guerra, ese mismo año los suecos también deciden asestar un golpe al Emperador del que no podría apenas recuperarse: invaden Bohemia conjuntamente con los transilvanos, con quienes establecieron una alianza al conocer que el Emperador brindaba su apoyo a Cristian IV de Dinamarca en su guerra contra Suecia. Ahora Jorge Rákóczy (rey de Transilvania) prometía invadir la Hungría de los Habsburgo. De esta manera, liderados por Torstenson desde Sajonia hasta Bohemia el ejército sueco vencería a las fuerzas imperiales en Jankov el 6 de marzo de 1645. Como reseña nuestro libro, el resultado de esta batalla fue decisivo para el curso de la Guerra de los Treinta Años: el ejército imperial perdió su artillería, a la mitad de sus hombres, su cancillería de campo e incluso a sus comandantes. A la luz de estos hechos, el Emperador huyó

inmediatamente de Praga a Graz junto a su familia. Todos sabían que no había «ejército de combate capaz de resistir a los suecos y sus aliados», (p. 230) quienes tras su victoria en Jankov se preparaban para invadir Viena. Los luteranos que se hallaban en esta ciudad austríaca «se regocijaban abiertamente y esperaban su liberación» (p. 230) mientras los turcos se encargaban de rescatar al emperador. El apoyo del rey húngaro a los suecos cesa finalmente cuando en la primavera de 1645 el sultán otomano decide declarar la guerra a Venecia e invierte todos sus recursos en ello, agotando las ayudas que destinaba a Rákóczy. Éste, ante las nuevas dificultades económicas, decide aceptar la propuesta de paz de los Habsburgo y firma con Fernando III el Tratado de Linz, por el que se reestablece en Hungría la tolerancia religiosa a la vez que muchos de los territorios retornan bajo el poder de Rákóczy. Desde entonces —y tras el alto el fuego de Sajonia con Suecia en Kötzschenbrod— en Westfalia Oxenstierna advertía que «el enemigo comienza a hablar más educada y amigablemente y los representantes imperiales en la conferencia de paz proponen concesiones substanciales» (p. 230).² En 1645 llegaron, por fin, las negociaciones de paz, y hasta 1648 varios miles de diplomáticos atestaron las calles de Münster y Osnabrück. La gran guerra había acabado.

Durante los trescientos años que siguieron a este terrible conflicto bélico historiadores y políticos han reflexionado y discutido acerca de cuál fue realmente su significado en relación con tres puntos muy concretos: el primero militar, el segundo económico y el tercero político. De todos ellos se han ofrecido juicios hartos dispares y en ocasiones muy alejados de la realidad histórica. Por esta razón, y atendiendo a los datos que los estudiosos han podido recabar, su principal intención es ofrecer una nueva y más justificada visión al respecto en el último capítulo de su obra. Por lo que atañe, pues, al primero de los temas, el militar, los historiadores nos descubren la imagen de aquellos hombres que se pasaban «la vida matando a otros». En la medida de lo posible, muestran cómo vestían; de qué manera eran reclutados y qué motivos podía tener un civil para alistarse en el ejército, por lo menos aquellos que no estaban subyugados por las fuerzas gubernamentales. Nos retratan también el vulgar y violento comportamiento de las tropas con aquellos civiles que debían alojarlos en sus casas y nos cuentan con qué penas y castigos pagaban los salvajes sus actos. Asimismo, se nos habla acerca del sistema de aprovisionamiento y de qué recursos (tanto de artillería como de alimentos y ropa) precisaban los soldados. Además, se ofrecen cifras acerca del número de las bajas militares que sufrieron algunos de los ejércitos; la «muerte en acción» era la causa principal de las pérdidas en las tropas extranjeras, ya que siempre iban en primera línea, a lo que se le sumaban las numerosas

2. Cita que toman los historiadores de C.T. Odhner, *Die Politik Schwedens im Westphälischen Friedenscongress und die Gründung der schwedischen Herrschaft in Deutschland* (Gotha, 1877; reimp., Hannover, 1973), 97 n.

epidemias que contribuían notablemente a aumentar el número de muertos. Por último, los especialistas aseguran que la Guerra de los Treinta Años dejó un gran legado de nuevas tácticas y estrategias bélicas importantes. Mauricio de Nassau fue uno de los pioneros en introducir estas innovaciones en el ejército holandés en los años 1590. Posteriormente, se publican una serie de manuales ilustrados y entre los ejemplos que registran los estudiosos destacan el impreso por Juan de Nassau, primo de Mauricio, en la Haya (1607), bajo el título de *El ejercicio de las armas*. Este está firmado por Jacob de Gheven, grabador a quien encarga cada una de las ilustraciones que incluye en la obra con el fin de mostrar con qué maniobras deben utilizarse las armas y de qué manera deben organizarse las tropas. Toda esta información sobre la imagen del «soldado universal» la complementa el lector con el apartado que sigue, en el que se aborda, como decíamos, el significado de la Guerra de los Treinta Años desde el punto de vista económico y que lleva por título «la guerra y la sociedad alemana».

Como ha quedado atestiguado, tras la llegada de la paz definitiva el 11 de agosto de 1650, una gran multitud de niños y niñas que solo conocieron la guerra se reunieron para celebrarlo junto a sus familiares, vecinos y amigos. Escenas como estas probablemente debieron verse en la mayor parte de pueblos y ciudades de toda Alemania, aunque no en algunos lugares como Linden. Las nueve familias campesinas que vivían en esta pequeña aldea de Rothenburg sufrieron los abusos de los soldados del ejército sueco cuando una tarde de 1634 éstos llegaron para exigir alimento y practicar uno de los ejercicios preferidos por las tropas: la expoliación. No obstante, la peor parte se la llevaría la mujer de Jorge Rösch, a quien «violaron y persiguieron gritando por la aldea» (p. 274). Así, desde 1640 los campesinos abandonaron Linden y no fue hasta el año de 1690 cuando once familias volvieron a poblar sus tierras. La gran cantidad de documentos que se han conservado de la Alemania del siglo XVII prueban que, en efecto, casos como el ocurrido en esta aldea debieron de reproducirse en casi todas las ciudades alemanas. La veracidad de estos datos es para los especialistas algo casi irrefutable. Advierten, sin embargo, que existe un gran número de fuentes locales que especularon de manera excesiva sobre la devastación económica, moral y de vidas humanas en la guerra. (Este es el caso, por ejemplo, del *Simplicissimus* de Juan Jacobo Cristóbal von Grimmelshausen (1660) y también del *Bilder aus der deutschen Vergangenheit* de Gustavo Freytag). Saber, pues, con total certeza cuál fue «el impacto Global» de la Guerra de los Treinta Años en la Alemania de la época y sus territorios colindantes es en extremo complicado.

Finalmente, el último de los apartados de este capítulo con el que concluye la obra gira en torno a las reflexiones sobre el tercer punto a tratar: el político o, mejor dicho, la relación simbiótica que se establece entre guerra y política. Los estudiosos recuerdan que la Guerra de los Treinta Años ha sido el período más traumático para Alemania, por lo menos, hasta 1939. Para muchos, la paz de Westfalia y, en general, este conflicto bélico fue en su totalidad un crimen monstruoso comparable incluso con la paz de Versalles. No obstante, hasta 1806

los acuerdos de Westfalia no fueron sino considerados como «la constitución fundamental del imperio, e incluso más tarde fueron aclamados como los principales garantes del orden en Europa central» (p. 282), un continente donde las relaciones internacionales se vieron casi siempre —o por lo menos en los inicios del conflicto— influidas por las convicciones religiosas. En este sentido, nótese que al decir de los estudiosos, a medida que avanzaba la guerra, la política europea sufría los efectos de la secularización. Esto se evidencia, por ejemplo, en hechos como que el aliado estrella del calvinista Guillermo en los enfrentamientos contra Luis XIV fuese el príncipe Eugenio de Saboya, cuya religión era la católica y que además estaba al servicio de los «no menos católicos» Habsburgo austríacos. Aunque determinar de manera exacta cuándo debió de iniciarse este proceso es para los especialistas tarea ardua, parece que nadie podría negar que la menor intervención de las convicciones religiosas en la política europea fue uno de los logros más destacados de la Guerra de los Treinta Años. Desde 1520, «el equilibrio diplomático de Europa estuvo constantemente en peligro por las conflictivas tensiones entre las lealtades políticas y confesionales» (p. 287).

Estas son algunas de las reflexiones con las que termina este libro colectivo sobre la Guerra de los Treinta Años, sus principales escenarios bélicos y sus protagonistas. Se trata del compendio (la segunda edición inglesa aumentada y revisada) de un laborioso trabajo de investigación que, aunque firmado por Geoffrey Parker, han llevado a cabo numerosos especialistas como Simon Adams, Gerhard Benecke, Richard J. Bonney, John H. Elliott, R. J. W. Evans, Christopher R. Friedrichs, Bodo Nischan, E. Ladewig Petersen y Michael Roberts. La aportación de todos ellos —en palabras de Parker— va integrada en el texto «al relatar, analizar y explicar, en su respectivo lugar, los acontecimientos y procesos que, todos juntos, conforman el conflicto» (XXXI). Asimismo, el historiador británico reconoce y agradece la propuesta de Andrew Wheatcroft, de Routledge y Kegan Paul de escribir un nuevo tratado sobre este conflicto que arrasó Europa y, a su vez, también agradece a la British Academy de la Newberry Library la beca de investigación que en 1981 le concedieron para trabajar en esta obra a largo de tres meses en Chicago. Al prólogo del volumen y a dichos reconocimientos le siguen diversas páginas donde los autores incluyen una cronología exhaustiva de los sucesos capitales de la Guerra de Treinta Años, aunque en este caso desde 1606 (12 años antes de que se iniciara propiamente el conflicto) hasta 1650. Téngase en cuenta también que dichos datos cronológicos se complementan con una serie de mapas, una gran cantidad de ilustraciones de época y una extensa bibliografía, a lo que debemos sumarle una muy apropiada división por capítulos y apartados que facilitan a su vez la comprensión de la materia tratada; el lector puede hallar fácilmente la información que desea sin que esto le impida concebir la obra como un todo.

